

Nada será lo mismo.

--Rafael Leafar--

Hay astros que se alinean siguiendo un azar imponderable y llenan el infinito de presagios tristes, como si en realidad fueran la certeza de un mensaje que ha de llegar desde lejos, salvando tiempo y distancia, y que será portador de malas noticias, de desesperanzas de las que sólo el corazón entiende, el corazón angustiado sin otra razón que saber que al fin ha ocurrido algo atroz e inexplicable. Y miras al cielo, sobresaltado, y no hay estrellas que señalen el camino a seguir, no las hay, únicamente un fogonazo efímero que traza su hipótesis surgiendo de la nada oscura para perderse de nuevo sin que nadie sea capaz de decidir si tiene algún significado que ese fulgor fugaz naciera en la casa del dragón y haya ido a parar, hundiéndose, al sur, allí donde las sombras de los montes se confunden con el fondo negro de la noche.

También hay luces que titilan en un horizonte lejano, como faros de un mar que ya no nos pertenece, por el que navegamos un día ya lejano en que la libertad empujaba las velas de nuestra esperanza con su soplo dulce, y es ese mismo aire el que nos trae, enhebrado en nostalgia, el aliento de otra tierra más allá de esta tierra sin mar. Nuestra tierra.

Porque hay voces que rompen el silencio en mitad de la noche, voces de alerta que desgarran el sueño de aquellos que aguardan un día que no amanece jamás.

Nadie duerme. Todos velan esta noche de muerte. Sin saber qué más podría hacerse, qué más podría ocurrir para que cuando salga el

sol, si es que amanece finalmente, lo haga para todos. Que hay soles que no brillan sino para los vencedores. Para quienes están destinados a serlo.

Hay, es cierto, un puñado de horas preñadas de amenazador desfuturo para quienes aguardan mientras suenan cerrojos y repite el eco pasos de muerte sobre las losas de la galería. Más voces. Son voces de sueño. Son voces de muerte. Después más pasos. Y más voces. Al poco un grito acallado por órdenes y golpes. Mas tarde han sonado, cercanos, los estampidos secos de los disparos. Alguien los ha contado. Primero uno, después dos más. Distintos. Siempre suenan distintos.

Entonces, sólo entonces, han ladrado los perros. Y el sueño te vence.

Cuando la luz del alba roce la bruma leve con su tacto de plata, cuando sea la noche tan sólo una sospecha que las sombras urdieron para ocultar más sombras, nada será lo mismo. Nunca ya podrá serlo. Ni el azar, ni los astros, ni el negror, ni la luz, ni siquiera las voces calladas para siempre, ni la mar ni las velas, ni el cómplice silencio de quienes arrancaron la vida, cuajada de futuro, a quienes no quisieron, no supieron renegar de utopías. Nada será lo mismo.

Crecerán el silencio y las palabras grises. Las sospechas crecerán. Crecerán como brotes de un mal desconocido, imposible y absurdo. No es humedad el sudor que supuran estos muros de piedra. La pus de la conciencia huele a moho. A rencor mohoso. A silencio. También, también a silencio.

Después, volverán a ladrar los perros. No dejarán de hacerlo en toda la noche.

La luz del amanecer fue una luz oscura y fría que reverberaba sin eco contra los muros de la celda. Una luz triste.

— ¿Oísteis? - Antonio, el Mohínes, habló sin dirigirse a nadie por más que ellos supieran que a todos concernía su pregunta.

Zancos fue quien, al recibir su mirada, consiguió responder con un gesto. A ver cómo podían haberlo evitado, que aunque todos fingían dormir, nadie lo hacía, todos velaban y a nadie pudieron despertar los pasos decididos de las botas, los cerrojos, el grito angustioso de quien gritó su credo, los ladridos lejanos de los perros. Siempre era así.

— Alguien ha de saber cuántos fueron esta vez...

La voz de Antonio sonó ronca. No preguntaba. No lo hacía. Se limitaba a efectuar la constatación de un recuento rutinario. Las bajas de aquella noche de perros.

— No sé. Tres, cuatro... No sé.

Zancos había contado los disparos. Las voces fueron confusas, siempre lo eran. Pero a Antonio no le satisfizo su respuesta. Tal vez porque imaginaba que Zancas, viejo y con resabio, podía andar tratando de echar por lo bajo con tal de evitar la oportunidad de sentir desánimo. Antonio, el Mohínes, sabía que Zancos callaba algo. Siempre hay algo que callar cuando las noticias no son la que se esperan.

— Algo has de saber, Zancos, joder, ¿no anduviste ayer cavando...?

Zancos no le dejó terminar y respondió sin mirarle a los ojos pretextando andar ocupado con cualquier cosa entre sus manos, un lápiz roto, casi gastado con el que entretenía los dedos y la mirada.

— La fosa no era grande. Tres, cuatro todo lo más, quién sabe. José el Joyita y otro que no conocía estuvieron conmigo. Después nos volvieron a meter, cada mochuelo a su olivo. Aquí estamos, ya ves

tú.

No parecía Zancos muy dispuesto a recordar.

— Seguro que se han cargado a...

— Pensé que cavaba mi propia tumba -repite Zancos, pensativo.

— No serías el primero.

— Ya, pues por eso.

— Tampoco el último.

Esto lo añadió otro camarada. Zancos no sabía cómo se llamaba. Todos le decían Nenu y tenía acento asturiano, como muchos de ellos, aunque otros vinieran de castilla, los menos. A él también le tuvieron que trincar cuando lo de octubre. En realidad casi todos andan aquí desde entonces. El fuerte de San Cristóbal es mal destino para quien ansía la libertad. También lo era la mina, pero al menos allí se ganaban la vida. Aunque a veces la perdieran. De otro modo.

El Nenu se acercó disimuladamente a Antonio, el Mohínes, y a Zancos. Bajó la voz para preguntar: "¿Sospechan algo...?" Pero Zancos negó con la cabeza. Lo hizo firmemente. "No, no creo que se huelan nada".

— Alguien sabe en qué fecha andamos.

Pero nadie salvo Hijares, que llevaba una extraña contabilidad sobre una de las paredes y que por precaución ocultaba a la vista de todos, se atrevió a hacer un pronóstico aproximado. Era primavera ya, de eso estaban seguros. Por la luz.

— Dieciocho de mayo -aventuró Hijares. Pero todos sabían que habían de tomarlo con todas las precauciones.

Nadie entendía que saberlo pudiera ser de alguna utilidad. Allí los días pasaban sin que se notara diferencia alguna. Sólo las noches eran diferentes. Diferentes y turbias.

Zancos sacó de debajo del jergón lo que quedaba de una pequeña libreta de hojas arrancadas. Tomó el lápiz, un muñón casi inservible, y se lo pasó todo al Nenu.

— Toma, a mí ya no me sirve.

El Nenu lo tomó sin entender.

— A ver qué hago yo con esto.

— Tú verás, pero si no tienes a quién decir nada se lo pasas a otro, que sabrá qué hacer, seguro.

Mohínes, que iba y volvía nerviosamente por el estrecho pasillo de los camastros hasta debajo de la tronera que daba al exterior, se paró de nuevo junto a él.

— ¿Y el frasco?

Zancos se encogió de hombros. Mohínes entendió que era mejor no preguntar. Días atrás cualquiera hubiera dicho que aquel envase de vidrio, vacío, significara algo más que eso para Zancos que no cejó hasta conseguir que otro camarada se lo cediera sin tener que explicar demasiado qué utilización pensaba darle.

Días atrás Zancos había dedicado parte de su tiempo escribiendo a lápiz varias hojas de aquel cuaderno que ahora ya no le servía. Afilaba el lápiz rozándolo contra la pared, y lo hacía con un mimo digno de otras labores, pues era consciente de que debía conservarlo en lo posible, para otros compañeros podía significar una posibilidad nada común. Cuando acabó de escribir, se las ingenió para meter aquellas cinco hojitas, perfectamente enrolladas, en la botella de vidrio del jarabe. Y dedicó el tiempo desde entonces a esperar una oportunidad. Sabía que había de llegar. Por eso no le importó tanto que aquella tarde le sacaran de la celda y le entregaran un pico. Cavaron en la ladera. José el Joyita le hacía el relevo y el otro, a quien no conocían, sacaba con la pala la tierra removida. Hacía mucho tiempo que no respiraba el aire libre, y se sintió bien a pesar de que podían andar cavando su propia sepultura. Cuando entendió que terminaban, en el último turno, le pidió al otro que fuera él quien cavase, él retiraría la tierra. El otro sospechó algo y no puso objeción alguna, pero el cabo que andaba al mando de

los tres soldados y el guardia del penal les paró los pies, "qué pasa". Zancos le explicó, que estaba ya viejo, se cansaba, él sacaría la tierra. Les dejó hacer. Zancos, en las últimas paladas se las ingenió para cavar un agujero leve en el que dejó caer el frasco, después lo tapó, igualando el fondo de la fosa. "Ya está", dijo. El cabo, desconfiado, echó un vistazo al interior del hoyo. Y regresaron por donde habían venido.

Si vivo para contarlo, pensó Zancos, sabré dónde hallar el cuerpo de los desgraciados a los que el destino les tenga señalado este día, esta noche. Si no, algún día alguien desenterrará su memoria, tal vez la mía, y hallará también la última voluntad de quien sabe que no podrá pedirla. Zancos sospecha que, de entregar lo escrito, corre el riesgo de que jamás llegue a su destino. Y desde hace unos días sospecha que en ese muro infranqueable del destino puede abrirse una brecha. Otros, muy pocos, también lo saben. O lo intuyen, otro modo de saber. No puede decir nada al resto de sus camaradas pero tiene indicios de que algo va a pasar. Algo gordo.

La exhumación se llevó a cabo a petición de los familiares, por mediación de la asociación de fusilados y siguiendo las indicaciones de las asociaciones para la recuperación de la memoria histórica. Para entonces se había realizado ya una prospección encaminada a la búsqueda de la fosa, cuya referencia se tenía por una confesión casi anónima. No fue difícil dar con la fosa. De modo que el departamento de Antropología inició sus trabajos delimitando la superficie e iniciando los trabajos preliminares. Más tarde se iniciarían los trabajos propiamente dichos de exhumación. Se trataba de una fosa rectangular y eran tres los cuerpos que se pensaba hallar en ella. Y ya desde el principio se alcanzaron algunas conclusiones, mucho antes de que comenzase a retirarse meticulosamente cualquier indicio. Los huesos mundos se hallaban profusamente rodeados de

raíces muy finas.

El primer individuo, a quien casi con certeza se adjudicó desde un comienzo la identidad de Manuel Holgado, sin otra razón que la corazonada de una de sus nietas, presente en el momento de la exhumación, se hallaba en decúbito supino, el brazo ligeramente flexionado y elevado, con las piernas estiradas. Se retiraron, adjudicándoselos, un cinturón de cuero con su hebilla, dos suelas negras de zapato, siete botones blancos de camisa y un lápiz. Presentaba vestigios de haber recibido un disparo en la nuca que, con toda probabilidad, salió por el lado izquierdo del rostro, a la altura del maxilar. Una bala que fue de atrás a adelante y de abajo a arriba.

Nadie dudó que el segundo cadáver pertenecía a Juan José Arreola. Cubierto en parte por el cuerpo de Manuel, si es que definitivamente lo era, y en decúbito prono, con el brazo izquierdo flexionado en parte y el derecho semiextendido, casi perpendicular al cuerpo, las piernas estiradas pero formando ángulo con respecto al tronco. A simple vista se percibía el orificio en la base del cráneo, por allí debió entrar la bala que le segó la vida antes de salir por el lado izquierdo de su rostro. La prótesis dental apareció intacta. También se recogieron como pertenecientes a su cadáver varios botones, los restos de una cremallera de jersey, tres monedas de cobre oxidadas por completo y un mechero de mecha.

El último en aparecer, bajo ellos, fue Fidel, Fidel Maldonado. Recibió, como los anteriores un tiro en la nuca. Aparecieron restos de sus zapatos, dos pares de gafas de lentes circulares con montura metálica y sus respectivas fundas de cuero, un lápiz, los restos de una billetera conteniendo fragmentos de papel de periódico ilegibles.

No extrañó la ausencia de botellas. Solían contener el certificado de defunción y, en los raros casos en los que el corcho

había resistido, era de gran utilidad en la identificación de los cadáveres. Ocurría así en otras exhumaciones, en aquellas que la muerte por enfermedad hacían plausible un cuidado semejante. No era el caso. Por eso causó sorpresa la aparición de aquel frasco bajo los restos de Fidel, cuando ya todo el mundo daba por finalizada la recogida de restos. Quién podía haber tenido la peregrina idea de dejar constancia de un acto macabro e inhumano como el que acababan de recordar los restos de aquellos tres hombres. No tenía sentido. No lo tenía. La botella no era grande y el color oscuro de su vidrio, aún después de haber retirado de su superficie exterior la tierra adherida, impedía ver con nitidez el contenido. Papeles. Eso era seguro.

Más tarde, el forense levantaría acta de todos los detalles antes de entregar el contenido del frasco a quien pudiera transcribir el mensaje encomendado a cinco hojitas que aparecían enrolladas y cuidadosamente numeradas en el ángulo superior izquierda. Cinco hojitas cuadriculadas que conservaban todavía el borde irregular tras ser arrancadas de la libreta de la que formaron parte. Quienquiera que fuese el autor se había tomado la molestia de cerrar el frasco concienzudamente. Bajo el tapón metálico, de rosca, otro de corcho. Tanto cuidado había hecho posible que el interior se conservara libre de toda humedad y reservara así, intacto, su contenido. Esas cinco hojitas en las que con una caligrafía minuciosa y apretada alguien había tratado de salvar el tiempo para alcanzarnos ahora, cuando la memoria parecía dispuesta a no olvidar.

"Me llamo Demetrio Gaunza, aunque todo el mundo me llame Zancos, sin que nadie sepa la razón, si es que alguna vez la hubo. Ni siquiera yo la recuerdo. Sé que en realidad puedo andar escribiendo mi propio testamento, una especie de última voluntad, privilegio que aquí a muy pocos les es concedido. Quienquiera que lo

encuentre ha de saber que el hecho de haberlo hallado no puede significar sino que esa última voluntad me ha sido concedida, aunque para ello sea necesario reconocer que estaré muerto. No tengo ya a quien dirigir mis palabras. Nada hay que me una a este mundo sino las ganas de vivir. Y aquí sólo existe la muerte. Una muerte que se anuncia hasta en los detalles más insignificantes. Igual que un olor que se extendiera alcanzando los rincones más recónditos del alma, allí donde sólo la certeza de estar muerto hace posible que se sienta. Y todos la sentimos. Todos. Aunque no digamos nada. Aunque callemos, tal vez con la esperanza de que los demás no hayan detectado su presencia y puedan de este modo vivir con la esperanza que esta certeza nos niega. Aquí toma la muerte apariencias inocuas porque aquí todo es muerte. No es preciso morir de hambre, no lo es, aquí puedes aprender a morir lentamente, a pequeños bocados, a bocados de hambre y penuria. Cierras los ojos y comes. Te tapas la nariz y comes. Abres la boca y comes despojos que no han de traerte en su putrefacción sino otra putrefacción. Más tuya. Y enfermedad. Hay muertes que cabalgan al galope en los pulmones malheridos de tisis, que cultivan en sus miasmas más enfermedad para esparcirla en su derredor, igual que un perfume maldito que hiere a quien alcanza, igual que un viento soplado desde la frontera de la misma muerte que te hiela el alma, igual que alcanza la humedad el corazón de la piedra sin que su aspecto se resienta apenas en el color y en un desmoronarse tiznando los dedos de su polvo fósil. Somos rocas comidas de orín y frío. Un frío tan profundo y distinto que da grima pensar que un ser humano sea capaz de seguir viviendo en medio de su aliento, que un ser humano crea ser capaz de hacerlo, de andar haciéndolo. Hay también un capellán, heraldo de la muerte. Si te busca, estás perdido. Te hablará de vida eterna, pero en realidad no anuncia sino muerte, más muerte. La tuya. Una muerte negra, abotonada, de sonrisa lánguida y edulcorada de cinismo. Hay quien le

escucha. Hay quien no. Tanto da. Su augurio se cumple con puntual
escrúpulo. Más tarde, al amanecer, sonarán pasos por los corredores,
se escucharán cerrojos, sonarán disparos que un eco interior se
encargará de hacer sonar toda la noche. Al amanecer buscaremos para
hallar algo que sabemos con certeza. Hay quien ya no está. Tres
veces he tenido la certeza de andar cavando mi propia tumba. Tres.
No sé cuántas más me reservará el destino. Y al ir vaciando el foso
he sentido siempre un amor inmenso por esta tierra que me ha de
cubrir, que ha de hacerlo para ocultarme a los ojos de quienes tomen
prestada mi vida para vivir la suya sin estorbos ni amenazas, para
que no sientan la vergüenza de mirar y ver. Pero no todo es muerte.
También esperanza. Un brillo de luciérnaga en mitad de esta noche
larga. Me lo contó Fidel, Fidel Mardones, el contable. Dice que va a
ocurrir, que algo va a suceder que cambiará el rumbo de nuestras
vidas. Me habló, hace unos días, me contó en un susurro que hay que
estar preparados. Para huir. Que hay que ir al norte, siempre al
norte, porque allí está Francia. Nada me ha dicho de cómo ha de
ocurrir semejante imposible. Quién abrirá las puertas del fuerte,
quién tendrá fuerzas para echarse monte abajo hacia el norte, quién
conseguirá huir de su propia muerte, quién vencerá su propio
infortunio, quién... Fidel, el contable, está seguro. Seremos
libres, me dijo. Libres. Por eso escribo estas líneas. Porque las
noches aquí están preñadas de soledad y la muerte no ha de ser peor
que este desvivir, este no ser yo. Porque siguen sonando disparos al
amanecer y los perros ladran. Toda la noche. Por qué ladran. Por qué
ladran los perros. Dijo Fidel que hay que estar alerta, y que
entonces nada, nada, será ya lo mismo."